

UNA REFLEXIÓN EN TORNO AL SIDA A PARTIR  
DE UNA LECTURA DE *LA FÊLURE DU MONDE*  
DE ANDRÉ GLUCKSMANN<sup>1</sup>

Claude Benoit Morinière

Universitat de València

“Ce matin, l'idée m'est venue pour la première fois que mon corps, ce fidèle compagnon, cet ami sûr, mieux connu de moi que mon âme, n'est qu'un monstre surnois qui finira par dévorer son maître.”<sup>2</sup>

ESTA frase que M. Yourcenar pone en boca de su personaje, el emperador Adriano, expresa trágicamente la grieta o la fisura que se va produciendo insidiosamente entre el cuerpo y la consciencia, la enfermedad y el yo, cuando el ser humano tiene que enfrentarse con un mal que le invade, a sabiendas de que éste le está llevando ineluctablemente hacia la muerte. Este cuerpo que ha sido objeto de cuidados, atenciones, preocupaciones, mimos, pero también fuente de placer y de satisfacciones, siempre obediente, fiel y sumiso, cómplice de nuestra voluntad o de nuestros deseos, se revela de repente como un ente desconocido y rebelde, una especie de “monstruo” cuyo control se nos escapa y que parece volverse contra uno mismo, sometiéndolo a la degradación y al sufrimiento, sin posibilidad de escapatoria hasta el desenlace final. Esta noción de fisura o grieta, que tomo del título del ensayo de Glucksmann –en francés *fêlure*– me ha parecido pertinente para intentar llevar a cabo una breve reflexión sobre el tema que nos reúne aquí estos días y que nos proponemos estudiar en el ámbito de la cultura y más precisamente de la literatura: el SIDA.

Resulta impensable, hoy día, no sentir curiosidad, interés, incluso preocupación y temor hacia esta nueva plaga que ha venido a oscurecer el panorama ya harto ensombrecido de este fin de milenio. Creo poder decir, parafraseando a Blasco Ibáñez, que los cuatro jinetes del Apocalipsis son de ahora en adelante el hambre, la guerra –inclúyase aquí toda clase de terrorismo–, el sida y la muerte aunque bien podría reducirlos a tres ya que, por el momento, sida es sinónimo de muerte. La enfermedad, que se ha extendido de forma alarmante en pocos años, mostrando la intensidad de su potencial de destrucción, está considerada ya como una verdadera pandemia.

Sin embargo, acontecimientos de este tipo han sido frecuentes a lo largo de la historia. Las epidemias van y vienen, se suceden cuando no se sustituyen unas a otras, en el eterno retorno de la muerte y de la vida que confiere a la humanidad su continuo rejuvenecimiento. Peste, cólera, fiebres malignas y toda clase de lo que se designaba antiguamente por

---

<sup>1</sup> A. Glucksmann, *La Fêlure du monde*, Flammarion, 1994

<sup>2</sup> M. Yourcenar, *Mémoires d'Hadrien*, Folio, Gallimard, 1974, p. 11.

“pestilencias”,<sup>3</sup> arrasaron pueblos y ciudades, colectividades y razas sin hacer diferencias entre el niño y el adulto, el rico y el pobre, el amo y el esclavo, el hombre y la mujer, el ciudadano y el forastero, como para recordar al género humano su vulnerabilidad y a todos los individuos su igualdad.

Entonces, ¿por qué extrañarnos o escandalizarnos frente al sida si sabemos que las enfermedades mortales no han dejado de amenazar al ser humano desde los principios conocidos de la humanidad? Ser hombre es, en definitiva, estar condenado a la enfermedad. El sida nos muestra, ni más ni menos, lo que siempre ha existido y que nos negamos a aceptar: el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Y aunque seamos propensos a olvidarlo, estas tres realidades no se reducen a ninguna experiencia personal; abarcan la condición humana en su universalidad. Son parte de nuestro destino como lo dijo Montaigne en sus *Ensayos*, y además, la enfermedad es útil; nos sirve de preparación y aprendizaje para la muerte:

Nous sommes faits pour vieillir, pour affaiblir, pour être malades, en despit de toute médecine<sup>4</sup> ... elle [la maladie] te présente l'état de ta condition entière, et en bien et en mal et en mesme jour une vie très alegre tantost, tantost insupportable. Si tu n'accoles la mort, au moins tu luy touches en paume une fois le moys.<sup>5</sup>

Pero esta aceptación serena de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte que hallamos en los filósofos de la Stoa, y más tarde en Montaigne, en Pascal<sup>6</sup> y en numerosos escritores y pensadores tanto anteriores como posteriores, parece limitarse a actitudes estoicas o religiosas minoritarias en nuestra sociedad posmoderna y prácticamente ausentes de los textos autobiográficos que relatan la experiencia del sida. ¿Acaso se ha roto algo en nuestra cosmovisión, en nuestra forma de vivir y asumir la vida y nuestro propio destino?

En efecto, si miramos hacia el pasado, comprobamos que nuestra visión actual de la enfermedad y, por consiguiente, sus representaciones a través de la literatura, han sufrido una serie de cambios. Se ha producido una ruptura, una grieta en la consciencia individual y social de la enfermedad, pues ya no la queremos aceptar como natural o como experiencia útil y preparación a la muerte. Esta nueva manera de pensar es consecuencia de los grandes cambios que se produjeron en el siglo XIX en el campo de la ciencia, la medicina y la higiene y marcaron para siempre las mentalidades contemporáneas. Como bien lo muestra Glucksmann,<sup>7</sup> la revolución emprendida por Pasteur y sus resultados espectaculares —erradicación de enfermedades contagiosas y endémicas; más tarde, curación de la tuberculosis y de la poliomielitis— nos han hecho creer en la incorruptabilidad de la salud humana. El hombre moderno, vacunado, vigilado, impoluto, está convencido que vive en una esfera protectora casi inexpugnable. La civilización ha llevado y ganado una gran batalla contra la enfermedad y se ha ido convenciendo de su inmunidad, pues ha conseguido identificar al enemigo: bacterias, microbios, virus ya pueden ser controlados. Incluso la lucha contra el cáncer, primer escollo de importancia en esta trayectoria triunfal, ha gana-

<sup>3</sup> Véase A. Glucksmann, op. cit., p. 123

<sup>4</sup> Montaigne, *Essais*, III, XIII, Paris, Gallimard, La Pléiade, 1962, p. 1067.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 1070.

<sup>6</sup> Pascal, que tuvo que afrontar la enfermedad durante casi toda su vida, escribió una *Oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades*, véase: Pascal, *Prière pour demander à Dieu le bon usage des maladies*, *Euvres complètes*, Paris, Le Seuil, 1963.

<sup>7</sup> Véase A. Glucksmann, op. cit., pp. 98 y siguientes.

do posiciones en las últimas décadas con el diagnóstico precoz y la aplicación de terapias combinadas. Una esperanza ilimitada en el progreso científico-técnico ha cambiado nuestra relación con la vida, la colectividad y la muerte, hasta la aparición inesperada, en los años ochenta, de una enfermedad desconocida y misteriosa, diferente a todas las infecciones anteriores. Ante el fracaso médico y la ausencia de respuesta positiva frente al nuevo virus VIH, se ha quebrado la tan preciada inmunidad del individuo; se ha formado una grieta peligrosa e inquietante en el edificio tranquilizador del progreso científico y tecnológico. El derecho a la salud que la sociedad moderna creía haber adquirido para siempre y al que consideraba como el bien máspreciado de la civilización occidental se ha derrumbado ante la dura realidad del sida.

Si reflexionamos sobre nuestra situación actual, nos damos cuenta de que, en realidad, no ha ocurrido nada nuevo. La misma impresión de desengaño y de fracaso tuvieron las generaciones afectadas por la tisis hasta que se descubrió la estreptomocina en 1994. Ahora bien, antes de este descubrimiento, la tisis o tuberculosis se convirtió en materia literaria, alcanzando unas cuotas de literariedad insospechables hasta entonces. Mientras los realistas y los naturalistas, queriendo emular al médico o al científico, describían la enfermedad, la agonía y la muerte de sus personajes con todo lujo de detalles, limitándose a una visión externa del fenómeno, para otros, la tuberculosis, desde un punto de vista literario, ético y social, era mucho más que un simple proceso de deterioro fisiológico. Numerosos indicios literarios dan fe de una frecuente sublimación de esta enfermedad que silencia sus aspectos más degradantes (ataques de tos, flemas sanguinolentas, etc.) para ensalzar una especie de espiritualización en el que la padece. Con ella, el hombre de finales del siglo XIX y principios del XX aprendía una nueva forma de vivir, en perpetuo estado de crisis, debido a la ignorancia de un desenlace imprevisible y desconocido. Este aprendizaje constituye el leitmotiv de las novelas llamadas “de educación”, siguiendo el modelo de *La Montaña mágica* de Thomas Mann (1924). El enfermo se convierte entonces en un ser privilegiado, en una especie de “santo”, según la terminología de este autor.

Pero a partir del momento en que la enfermedad se pudo considerar como curable —o sea no mortal— se banalizó y perdió su aura literaria. El mito de la tuberculosis, con sus metáforas y sus clichés, se esfumó. Personajes míticos y ejemplares tales como Margarita Gautier o Hans Castorp, que nos daban una visión espiritualizada y/o romántica de un puro proceso biológico, no tendrían hoy en día esta dimensión mítica que les confería el peligro mortal de la enfermedad y la lucha cuerpo a cuerpo contra un mal invencible e in vencido.

Esto viene a demostrar —para nuestro propósito— que las circunstancias socio-culturales que rodean las enfermedades, en las que juegan un papel primordial la técnica y la ciencia, pueden condicionar directamente la creación literaria. Con la llegada del Sida (*¡Bienvenida al mundo del sida!* es el título de un relato autobiográfico),<sup>8</sup> se reproduce el mismo esquema que el anterior. Pero además, ahora, todos estamos implicados, amenazados, todos somos seropositivos potenciales que, o bien viven atemorizados, o bien han optado por no querer ver la espada de Damocles que les amenaza. Todos percibimos la imparable fisura del mundo que nos rodea, el fracaso de la ciencia, la ruptura de nuestra convivencia, la resquebradura de nuestras creencias y de nuestras esperanzas ante el invasor solapado que se nos presenta como una nueva imagen de la muerte. De la misma manera

---

<sup>8</sup> Mike Winer, *Bienvenue au monde du sida!*, Monaco, Le Rocher, 1988, obra de autor desconocido ya que según una encuesta, Mike Winer es un pseudónimo.

que sus antecesores, tuberculosos o cancerosos,<sup>9</sup> el enfermo de sida declarado, que lo sufre de forma paroxística en cuerpo y alma –iba a decir “en sus propias carnes” pero, sin duda, el sufrimiento moral es más doloroso de sobrellevar que el físico– cuando escribe, plasma en su texto el gran miedo de este final del siglo xx. Un miedo que siempre ha atenazado al género humano, siglo tras siglo, y que viene a recordarnos los grandes pavores de la peste negra o de las plagas endémicas que Jean Delumeau estudia tan acertadamente en *La Peur en Occident*<sup>10</sup> cuando, según una concepción cíclica de la historia, nos muestra las analogías que se detectan entre los miedos colectivos que han recorrido el Occidente y las sucesivas modalidades de respuesta de sus sociedades.

Sin embargo, hasta el siglo xx, no se puede hablar con propiedad de una verdadera literatura de la enfermedad. Existen unos cuentos topoi literarios –la peste, gran diezmadora desde Tucídides hasta Camus, la lepra, la sífilis, el cólera– asumidos, en la óptica religiosa, como castigo divino según el modelo bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra, antes de que tenga lugar la revolución científica. Pero ni siquiera los románticos, a pesar de crear el personaje de la bella y joven tuberculosa que muere lánguidamente entre suspiros y lágrimas, han sabido recrear el mundo interior del individuo enfrentándose a su enfermedad mortal. En cambio, con el narcisismo creciente propio de nuestra época, los relatos personales surgen y cada vez son más numerosos los testimonios de estas experiencias. No es de extrañar, pues, que después del cáncer, el sida haya entrado de pleno en la literatura a partir de 1985 aproximadamente,<sup>11</sup> bien sea bajo forma de novela más o menos autobiográfica, bien sea con textos intimistas en primera persona, bien sea, con más o menos distanciamiento, en poesía, obras de teatro, ensayos o en reportajes y en cuevas que sirven a menudo de trama a la escritura.

Podríamos preguntarnos por qué otras enfermedades mortales, por ejemplo las cardiovasculares, no inspiran en la misma medida la creación de obras literarias.<sup>12</sup> El antropólogo François Laplantine opina que es cuestión de representatividad y que depende de la carga simbólica que confiere la sociedad a cada enfermedad:

... Sans doute une société a-t-elle besoin de se focaliser sur une maladie qui apparaît comme la maladie du siècle. Quand on prend connaissance des textes littéraires, on constate ainsi qu'il y a des grandes maladies qui ont fait penser les sociétés et dont les écrivains se sont emparés, comme la syphilis, la tuberculose ou les maladies mentales, les autres restant alors complètement refoulées.<sup>13</sup>

Sin duda, el sida que pone en juego la sangre, el sexo y la muerte, tenía que desencadenar grandes obsesiones y reacciones afectivas profundas; por ello, ofrece más ingredientes novelescos que otras dolencias tan mortales como él. Pero ¿dónde está lo novelesco y dónde está lo real en los textos que tratan del sida? Sabemos que la literatura se nutre de vivencias, aunque el escritor efectúe siempre una transposición a través de la escritura. En

<sup>9</sup> También debemos numerosas obras literarias al cáncer; entre otras, una de las más célebres es *Archipiélago Gulag* (en francés, *Le Pavillon des cancéreux*), de A. Soljenitsyne.

<sup>10</sup> J. Delumeau, *La Peur en Occident*, Fayard, 1978.

<sup>11</sup> El primer relato en lengua francesa *Sida, témoignage sur la vie et la mort de Martin*, de Hélène Laygues, fue publicado por Hachette en 1985.

<sup>12</sup> Un factor decisivo es la duración de la enfermedad, que permite su inscripción en el tiempo, la evolución psicológica y fisiológica del enfermo siendo parte fundamental de la trama narrativa.

<sup>13</sup> F. Laplantine, “Un anthropologue face à la littérature du sida”, *Equinoxe* n.º 5, printemps 1991, p. 45.

este caso concreto, no se presenta la enfermedad como objeto sino como experiencia vivida física y moralmente, basándose en la imagen de una relación personal e intransferible con la enfermedad.

Contrariamente a los organismos oficiales, que tienden a desdramatizar los hechos, di simular les estadísticas y callar los estragos del VIH para no alertar a la opinión pública, los autores hablan abiertamente de la terrible infección, buscando en la escritura una respuesta a sus interrogantes o un medio de enfrentarse a la realidad. Pero sobre todo, a través de la metáfora de la enfermedad y sus efectos devastadores, ayudan al lector a tomar consciencia de estas fisuras cada vez más profundas que van resquebrajando nuestro mundo físico y moral.

Como la grieta casi imperceptible que, de forma subterránea, va minando lentamente el terreno hasta que se produzca su derrumbamiento, el virus trabaja silenciosamente, de forma larvada mientras no se declare la enfermedad y su proceso destructor, el cual suele provocar a marchas forzadas –a veces en menos de un mes– la descomposición y la muerte.

Pero no se trata únicamente de un desmoronamiento físico; aparte de la pérdida de confianza en el propio cuerpo a la que me he referido anteriormente, se abre también una falla abismal entre el yo y el otro y, a mayor escala, entre el yo y el mundo. En las relaciones humanas, con la aparición del sida, la confianza ha dejado paso a la desconfianza. Cualquier individuo es una amenaza virtual ya que puede transmitir el virus sin que nadie se entere; éste se transmite y se contrae con la más absoluta discreción. Todos nos hemos vuelto sospechosos, inquietantes, temibles y, al mismo tiempo, infinitamente vulnerables. Por esta razón, el sida ataca directamente la red de nuestras relaciones y no hay manera de aislarlo para preservar nuestra integridad. Peligro número uno en el proceso de la intercomunicación, es, a su vez, una consecuencia de la hipercomunicación moderna, con la rapidez de sus medios, la movilidad y la libre circulación de los individuos, el cosmopolitismo desbordante debido a la inmigración y al turismo, la mayor libertad de las prácticas sexuales, etc.

Además, siendo transmisible por el esperma y la sangre, la enfermedad va ligada a comportamientos sexuales –principalmente, homosexualidad en los países desarrollados y heterosexualidad en los del tercer mundo– sometidos a juicios de valor por parte de ciertos sectores de la sociedad. Por ejemplo, según una ideología burguesa, el sida está considerado como una enfermedad vergonzosa. En consecuencia, las estrategias de disimulo se ponen en marcha. A menudo, se guarda el anonimato, se falta a la sinceridad, se esconde la enfermedad, se recurre al eufemismo para designarla–se le llama “leucemia”, “la enfermedad del siglo”- aunque esta figura pueda ser utilizada también para conjurar el mal. En algunos textos literarios, se procura evitar el término SIDA. Ciertos autores prefieren las metáforas o perífrasis tales como “plaga”,<sup>14</sup> “horror”,<sup>15</sup> “las cuatro letras”,<sup>16</sup> “veneno de muerte”,<sup>17</sup> “herida letal”,<sup>18</sup> “la peste del amor”,<sup>19</sup> “el mal malva”,<sup>20</sup> etc. Otros, al contrario, lanzan como un desafío o una provocación la palabra SIDA, colocándola con el títu-

<sup>14</sup> Véase R. Camus, *Elégies pour quelques-uns*, Paris, POL, 1988, p. 54.

<sup>15</sup> Véase W. Cliff, *Conrad Detrez*, Paris, Le Dilettante, 1990, p. 59.

<sup>16</sup> Ibid.

<sup>17</sup> Véase G. Matzneff, *Harrison Plaza*, Paris, la Table ronde, 1988, p. 233.

<sup>18</sup> Véase C. Collard, *Les Nuits fauves*, Paris, Flammarion, 1989, p. 41.

<sup>19</sup> Véase Y. Navarre, *Hôtel Styx*, Paris, Albin Michel, 1989, p. 32.

<sup>20</sup> Véase J. N. Pancrazi, *Les Quartiers d'hiver*, Paris, Gallimard, 1990, p. 26.

lo<sup>21</sup> o dándole un énfasis especial (puntos de exclamación, repetición serial y recursos tipográficos como letras mayúsculas o tipos diferentes, blancos, etc.).

Pero el sida no solamente repercute sobre la comunicación, los comportamientos, las distintas modalidades de expresión ... Ha conseguido fisurar nuestros sentimientos más íntimos. Alguien dijo que a partir de ahora, jamás el amor volvería a ser lo que era. El amor, que creíamos más fuerte que la muerte, puede ahora transmitir la muerte. Eros y Tánatos se han aliado para instaurar la tragedia de la sociedad moderna. El eros histórico de nuestra tradición occidental ya forma parte de un pasado edénico ido para siempre. Tenemos que despedirnos del amor integral o del “amor loco” con su carga de delirio, de esperanzas y de sueños. Bajo la sombra omnipresente del contagio, se acabaron los flechazos y la espontaneidad de la entrega amorosa. Y por si nos falla la memoria, los mass media propagan y repiten con machaconería consignas de preservación y de protección, como única medida eficaz para salvaguardar la integridad física y evitar la hecatombe. Muchos se preguntarán: ¿qué es preferible: olvidarse del amor para evitar el sida u olvidarse del sida para salvar el amor?

Con razón, el hombre de hoy se siente sorprendido, desorientado, desengañado ante los acontecimientos y los cambios inherentes a la nueva enfermedad. Su seguridad, su fe en el saber humano y en la ciencia, su esperanza en el amor se han quebrantado cuando menos se lo esperaba. El desastre, la epidemia, le llevan a interrogarse sobre la presencia del mal en el mundo –como lo hicieron los filósofos del siglo XVIII– y a reflexionar sobre el sentido que puede otorgar a la vida y al mundo. Así tal vez logre comprender y asumir su destino. Esta es la respuesta positiva que nos dan la literatura y el arte que han surgido a raíz del sida. Como lo expresó Baudelaire en *Les Fleurs du mal*, el arte es la mejor respuesta al dolor y al sufrimiento:

Sois sage, ô ma douleur et tiens toi plus tranquille  
Tu réclamaïs le soir; il descend; le voici; (*Recueillement*)

La escritura, para muchos enfermos, es el viático que salva de la desesperación, el acto ritual que pone en evidencia el dominio de la situación, cuando no un intento de reconstrucción de la propia identidad, desgarrada por la degradación física y la angustia moral. Para nosotros, lectores, la literatura nacida del sida no se limita a denunciar el gran escándalo del sufrimiento o a recordarnos los límites de nuestra condición. Nos demuestra, entre dolor y lágrimas, la increíble capacidad del ser humano para conservar la esperanza, sobreponerse a su propia muerte y transmutarla, por la magia del arte, en obra estética.

---

<sup>21</sup> Puede ser, también, un deseo de dar a conocer su enfermedad y de enfrentarse a la situación como creo que fue el caso de Jean Paul Aron cuando publicó *Mon Sida*, Paris, Bourgeois, 1988.